

Adoración: Poniendo a Cristo en el centro

Por Valentin González-Bohórquez

“Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (Lucas 4:8)

Adorar a Dios, individual y colectivamente, es la vocación más importante del ser humano, y de hecho, de la creación entera. Fuimos creados para adorar a Dios. Es a través de la adoración como nos acercamos a Dios y entramos en intimidad y comunión con Él. Dios espera que le adoremos no porque es un Dios egocéntrico y sediento de alabanza, sino porque es en la adoración que encontramos nuestra verdadera identidad y vocación: la adoración produce intimidad con Jesucristo y por medio de esa intimidad nos colocamos en el camino de la voluntad de Dios. La adoración nos libera. En el proceso de adorar a Dios vamos descubriendo aspectos de nuestra propia vida, talentos y llamados, de los que no éramos conscientes, o que son potenciados y dinamizados como resultado de estar en la presencia de nuestro Hacedor.

¿Por qué, entonces, si la adoración es tan importante, muchas veces ocupa un lugar tan secundario en la vida diaria de los creyentes? Creo que es precisamente porque no nos damos cuenta de su enorme importancia. Y porque tenemos malos hábitos de vida y damos prioridad a otras cosas que consideramos más urgentes, y quizá de mayor utilidad práctica. Puede ser también porque somos negligentes y poco ambiciosos en querer alcanzar las recompensas y beneficios personales y colectivos que produce una vida de genuina y dedicada adoración a Dios.

Podemos pasarnos toda nuestra vida sin experimentar nunca el poder de la adoración. Lo que es más triste, es probable que una inmensa mayoría de los cristianos viven de esa manera, alimentados tan solo por un tiempo ocasional de alabanza en las

reuniones congregacionales, y para muchos tal vez solo una vez a la semana. En un principio, cuando preparaba esta presentación, quería referirme solo a la adoración congregacional, pero es obvio que no podemos desligar la adoración congregacional de la adoración privada, y aún de la familiar, porque cada una depende de las otras, y porque estamos tremendamente necesitados de entrar en una vivencia de adoración si queremos ver una transformación en nuestra vida personal, en nuestras familias y en nuestras congregaciones. Como cristianos, estamos supuestos a causar un impacto en este mundo. Es solo a través de una vida de adoración a Dios como esto puede ocurrir.

1. Significado y práctica de la adoración

El primer elemento que considero fundamental al acercarnos al tema de la adoración es semántico. Necesitamos explorar, así sea de una manera básica y breve, el significado de la palabra adoración, porque no podemos practicar lo que no conocemos, o al menos lo practicaremos mal. Más cercanos nosotros a la cultura latina que a la griega o la hebrea, la palabra adoración en español nos llega a través del latín *adorāre* que en su terminación flexiva *ōs* (boca) se refiere a la práctica de los romanos de llevarse la mano a la boca y luego lanzar un beso al ser amado (o al objeto que se ama o admira extremadamente). De allí la costumbre andaluza de Semana Santa cuando en Sevilla la gente le manda besos al paso de las imágenes en las procesiones. Están adorando, le están rindiendo veneración, en este caso, a algo que no es digno de adorado. Pero la escena nos acerca al sentido de lo que significa adorar: aquello que atrapa nuestro ser y nos hace rendirle culto.

El *Diccionario de la Lengua Española* define la palabra adoración a partir de su origen latino. Dice, entre otras acepciones: “Reverenciar y honrar a Dios con el culto

religioso que le es debido. Amar con extremo. Gustar de algo extremadamente”. De modo que la palabra adoración tiene que ver, en esencia, con relación; y aquí, con una relación de amor. Adorar es el impulso de estar conectados con Aquel a quien amamos, expresado en todas las formas creativas posibles. La presencia o ausencia de la adoración a Dios en nuestra vida, demuestra claramente dónde están nuestras prioridades, nuestros afectos y nuestros verdaderos intereses. O muestra si hemos entendido o no cuál es el sentido más profundo de la vida cristiana.

En las lenguas bíblicas, el significado y práctica de la adoración conecta en parte con las anteriores definiciones, pero a la vez los ensancha y nos da lo que para nosotros es la base autoritativa. Así, entre las distintas palabras que se usan en el Antiguo Testamento para indicar adoración, una de las más comunes es *hãwa*, que tiene el sentido de postrarse o arrodillarse delante de alguien en señal de rendición, como en Génesis 18:2 cuando Abraham se reúne con los dos visitantes, y al reconocerlos como mensajeros celestiales “se postró en tierra”. En el Salmo 29:2: “Adorad (*hãwa*) al Señor en la hermosura de la santidad”. O en 2 Crónicas 29:20: “... e inclinándose adoraron (*hãwa*) delante del Señor y del rey”. Otro término es *ãbad* referido al servicio a Dios en la vida pública y en asuntos religiosos. En el AT se usa sobre todo en el sentido de servicio a Dios. En Éxodo 3:12, Dios le dice a Moisés, “... cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis (*ãbad*) a Dios sobre este monte”. Un término adicional es *yãre* que implica respeto o temor a los seres humanos o a los dioses, pero que también se aplica al temor a Dios como una forma de adoración. Deuteronomio 6:13 indica: “Al Señor tu Dios temerás (*yãre*), y a Él solo servirás”. Este temor hace alusión a la reverencia y el respeto que debemos tener ante Dios, lo cual es un acto de adoración en sí mismo.

Adicional a las palabras en hebreo que traducimos como adoración, hay otras cuyo significado está asociado con la alabanza, una de las manifestaciones visibles de la adoración. *Halāl* es usada mayormente para referirse a los himnos y canciones que cantamos a Dios, como en el Salmo 146:2, “Alabaré (*halāl*) al Señor en mi vida; cantaré salmos a mi Dios mientras viva”. *Bārak* es una de las palabras más usadas en el AT y su significado es el de bendecir, aplicado tanto a bendecir a Dios, ser bendecidos por Dios, o bendecir a otra persona. Un ejemplo es el Salmo 63:4, “Así te bendeciré (*bārak*) en mi vida; en tu nombre alzaré mis manos”. El verbo *yāda* tiene que ver con dar gracias, dar testimonio de las obras de Dios, alabar por lo que Él es. Salmo 106:1: “Alabad (*yāda*) al Señor, porque Él es bueno; porque para siempre es su misericordia”.

Entre tanto, en el Nuevo Testamento, la palabra griega *proskuneo* es la expresión más frecuente y su sentido tiene una cierta conexión con el término *adorāre* del latín: besar la mano o besar la tierra delante de uno, como ocurre en Juan 4:20-21, en relación con el lugar donde se debe adorar. Por su parte *latreuō* se usa tanto para referirse al servicio a Dios como a los dioses falsos. En el sermón de Esteban, éste indica, “Después de esto, saldrán (de Egipto) y me servirán (*latreuō*) en este lugar (el Sinaí)” (Hechos 7:7), y más adelante, por causa de la rebeldía de los hebreos “Dios se apartó, y los entregó que sirviesen (*latreuō*) al ejército del cielo” (Hechos 7:42). Una última palabra que podemos mencionar es el verbo griego *sebō*, con el significado directo de adorar, que como la palabra hebrea *yāre*, tiene que ver con caminar en reverencia y temor ante Dios. Mateo 15:9 es uno de los varios textos del NT que usan este término: “... en vano me honran (*sebō*), enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres”.

Hay que tener presente que en la Biblia hay una lucha constante entre la verdadera y la falsa adoración. De manera que en el uso de estas expresiones muchas veces se refieren al reclamo de Dios de no dar adoración ni alabanza a los ídolos falsos, sino solamente a Él. Por otra parte, una de las cosas que nos queda, o debe quedarnos, clara, es que la adoración no es un acto casual, cúllico. Es decir, yo no soy un adorador por rendirle culto a Dios, cantar, leer la Biblia, orar, ocasionalmente en el templo o en una reunión. La adoración es un estilo de vida, una práctica continua que absorbe la totalidad de nuestra experiencia humana. Sé que eso no es realidad para la inmensa mayoría de nosotros. Pero esa es la intención de Dios para con nosotros. Él está buscando adoradores que le adoren en espíritu y verdad, o en el Espíritu de verdad (Juan 4:20-24). Este estilo de vida involucra el servir a Dios, el caminar en amor y temor delante suyo y el expresar esa relación íntima con Él por medio de nuestras alabanzas, el testimonio y la proclamación del evangelio al mundo. La adoración es una forma de vida, no solamente una práctica piadosa. Haciendo una exégesis de 1 Tesalonicenses 5:17, donde Pablo nos exhorta a “Orar sin cesar”, Lutero decía, “Mi vida es una oración”. La Biblia nos recuerda que es más importante lo que vivimos diariamente que una práctica ocasional vacía. De las muchas referencias al tema, selecciono tres textos a modo de ejemplo: “La justicia y el derecho son para el Señor más agradables que los holocaustos” (Proverbios 21:3). “Quiero misericordia [entre ustedes] y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos” (Oseas 6:6). “No se olviden de hacer el bien y de compartir con otros lo que tienen, porque éstos son los sacrificios que agradan a Dios” (Hebreos 13:16).

2. La adoración en la vida de hombres y mujeres de la Biblia

Es importante tener en cuenta que el significado y el ejercicio de la adoración no es algo que se origina por iniciativa del ser humano. No somos nosotros los que definimos primariamente el alcance de la adoración. Su verdadera idea e intención se originan en Dios. Es Él quien, en primer lugar, nos llama a ser adoradores y luego, a través de la revelación y la experiencia humana, nos introduce en la práctica bíblica de la adoración. Quizá el primer adorador que encontramos en la Biblia es Abel. En la narrativa de Génesis 4, cuando él y su hermano Caín ofrecen adoración (expresada aquí como ofrenda de frutos de la agricultura y sacrificio de animales), Dios aparece agradándose de la adoración de Abel y no de la Caín. En realidad, bien vistas las cosas, no hay duda que la ofrenda de Caín le demandó más esfuerzo (un trabajo agrícola de sol a sol), que la de Abel (una oveja engordada). Ambos creían en Dios y ambos le ofrecieron sacrificio. Pero Dios solo se agradó de la ofrenda de Abel. ¿Por qué? La ofrenda de Caín había sido sin duda más trabajada, quizá más costosa, y sin embargo no fue bien recibida por Dios. Quizá la clave radica en una actitud del corazón, en una cierta actitud legalista, exhibicionista, involucrada en el acto de adoración de Caín. Quiso impresionar a Dios no de la manera adecuada (por obras) y no por la actitud de un corazón adorador. La ausencia de un adjetivo positivo en el hebreo para referirse a la ofrenda de Caín, contrasta con la frase “de los primogénitos de las ovejas, de lo más gordo de ellas”, que indica no solo una esmerada selección en la ofrenda de Abel, pero también una actitud que era el resultado de vivir en comunión con Dios. La reacción trágica de Caín ante el rechazo de Dios (matar a su hermano) reveló de inmediato su carácter y la naturaleza de sus motivaciones.

Desde esa escena inicial del Génesis, la Biblia nos introduce a una galería de hombres y mujeres cuyas vidas se definen por la presencia o ausencia de genuina adoración. En el lado positivo de la historia, otro de estos personajes es Enoc, quien junto con el profeta Elías componen el relato de personas que caminaron en tan perfecta comunión (adoración) con Dios que fueron llevados directamente a la presencia de Dios sin experimentar la muerte física. Abraham, por su parte, no es solo el padre de la fe y padre de todos los creyentes, sino que es además (como consecuencia de la fe), el padre de los adoradores. Su costumbre de plantar altares de piedra donde quiera que iba, era un testimonio visible de su comunión interna con Dios. David como salmista, Daniel y Jeremías como intercesores, son testimonios del lugar de la adoración en la vida del creyente. Ana, la madre del profeta Samuel, no solamente fue una adoradora interesada (buscaba a Dios porque quería tener un hijo), sino que mostró de manera consistente su compromiso y su relación con Dios después de que Él le dio un hijo: lo entregó al servicio a Dios (1 Samuel 1:2:1-11). Otra Ana, ésta en el NT, fue una mujer que invirtió toda su vida en un servicio de ayuno y oración a Dios, con el distintivo de ser una adoradora/intercesora/anunciadora (Lucas 2:36-38). También en el Nuevo Testamento, Pablo y Juan son marcados por un espíritu de adoración perseverante y rica en matices y expresiones. Los ejemplos serían demasiado numerosos para comentar cada uno aquí. Baste decir que todos los personajes de la Biblia pueden ser descritos en función de lo que fue su vida de adoración o su falta de ella, de la misma manera que puede ser descrita la vida de cada cristiano a través del tiempo y en el día de hoy.

3. La adoración en todas las áreas de la vida

El llamado esencial que los seres humanos tenemos de adorar a Dios permea todas las esferas de nuestra vida: personal, familiar, eclesiástica y la de nuestra presencia en el mundo. En la Biblia encontramos ejemplos de cada una de estas expresiones. La adoración de Abel fue personal, pero a la vez también familiar (tanto él como su hermano Caín la practicaron, y en la narrativa de Génesis 4 puede implicar que lo hicieron a un mismo tiempo). La adoración de Abraham (su acción de construir altares) fue intensamente personal, pero a la vez puede haber incluido a su mujer Sara y eventualmente también a sus hijos. Quizá el acto de adoración más extremo del AT se produce con la disposición de Abraham de ofrecer en sacrificio a su hijo Isaac. Era un acto de obediencia radical, lo cual es, en última instancia, el sentido de la adoración. Estar dispuesto a darlo todo a Dios: vida, familia, posesiones. Una adoración inferior a esto será siempre una adoración incompleta. Este mismo acto de adoración y de entrega lo encontramos en la dramática conversación que Cristo tiene con el Padre en el monte de los Olivos, cuando Cristo rinde su vida humana al Padre para ser Él mismo el sacrificio: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42).

Esta clase de adoración, tanto la de Abraham como la de Cristo, fue intensamente personal. Nadie más que ellos podían tomar estas decisiones, y todos nosotros, en algún punto de nuestra vida, somos llevados a ese mismo lugar de decisión. Es entonces donde se produce la experiencia de que hablaba Pablo cuando dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

La primera obligación y privilegio que tengo con Dios es ser yo mismo un adorador, tan radical como pueda ser. Pero en segundo lugar, como cristianos tenemos el llamado de involucrar a nuestra familia inmediata en una vida de relación con Dios, asegurándonos de que reciban a Cristo como Señor y Salvador personal, y ayudándolos a crecer en el caminar con Cristo. La manera más práctica es a través de un devocional familiar diario, cuando juntos, como familia, leemos la Biblia, oramos, cantamos, intercedemos los unos por los otros y por otras personas, situaciones y proyectos. Ese mandato es específico a través de toda la Escritura. Solo menciono unos ejemplos. En su despedida del pueblo de Israel, poco antes de morir, Moisés les recuerda: “Oye, pues, oh Israel, y cuida de ponerlos por obra (los estatutos y mandamientos de Dios), para que te vaya bien en la tierra que fluye leche y miel y os multipliquéis, como te ha dicho Jehová el Dios de tus padres. Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas” (Deuteronomio 6:3-9). Como puede notarse en este texto, hay una continua interacción entre la responsabilidad personal y la familiar. Es un mandamiento tanto al individuo jefe de casa (“amarás”, “atarás”, “escribirás”), como familiar (“hablarás [estas palabras] estando en tu casa”, “las repetirás a tus hijos”). Otro pasaje muy conocido, Josué 24:15, hace mención a ese mismo llamado a la adoración familiar: “Y si mal os parece servir a Jehová, escogéos hoy a quién sirváis... pero yo y mi casa serviremos (*yāre*) a Jehová”.

El llamado a la adoración se extiende luego a la experiencia congregacional. Tanto el establecimiento del culto en el tabernáculo, como luego en el templo en el AT, muestran que el plan de Dios no es solamente que lo adoremos en privado o en nuestras casas, sino también en un lugar público, dedicado al culto o al aire libre. La adoración congregacional no es opcional, sino parte integral de nuestro llamado como adoradores. No podemos limitar nuestra práctica de adoración a una experiencia aislada del conjunto de los demás creyentes. Ésta tiene que producirse precisamente como resultado de mi fe personal. Tanto el tabernáculo como el templo fueron constituídos para la adoración colectiva de los creyentes. Isaías 56:7 (y luego los Evangelios sinópticos) lo recuerdan cuando dice, “porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos”. Luego, el pueblo de Israel es llamado también a adorar a Dios en la vida civil: en los grandes eventos donde se coronaban reyes o cuando se decidía el destino de la nación.

En el NT, los cristianos de ascendencia judía siguieron por algún tiempo adorando a Dios en el templo y también en las sinagogas esparcidas por Israel o en la Diáspora, a la vez que comenzaron a practicarlo desde un principio en las casas-iglesias en Israel y por todo el imperio romano y más allá. Posteriormente, y sobre todo después de que el cristianismo se convierte en la religión del imperio, los cristianos comienzan a edificar sus propios templos, algunas veces sobre las ruinas de antiguas sinagogas, o en templos que antes eran de dioses paganos. De igual manera, a través de los siglos, dondequiera que el cristianismo ha sido mayoría o la religión del estado, se ha continuado con la práctica de adorar a Dios en actividades civiles, como en la posesión de presidentes, delante de creyentes y no creyentes.

4. Formas y estilos de adoración a Dios en la historia hebrea y cristiana

Cada una de las palabras hebreas y griegas que mencioné anteriormente se manifiestan de manera práctica en maneras y estilos de adorar a Dios. Puede decirse que la adoración pública y privada a Dios ha tomado literalmente todas las formas y estilos de las culturas a las que pertenecen los creyentes. En el AT vemos la adoración expresarse primitivamente a través de altares de sacrificio, tanto en lo individual (Abel, Abraham), como en lo familiar (Noé) y en lo congregacional (Moisés, Elías, entre muchos otros). El adorador está delante de un montículo de piedras, ofrece un animal en sacrificio y eleva una oración a Dios. No hay registro de alguna otra actividad adicional.

Vemos también, un acto de adoración espontáneo como el de María, la hermana de Moisés, quien prorrumpe a bailar junto al pueblo hebreo, al son de panderetas y de un canto como alabanza de gratitud a Dios por el paso del Mar Rojo. Todo el conjunto tiene las características de una celebración por una victoria militar, del mismo modo como ocurre cuando David entra a Jerusalén bailando de gozo y cantando a Dios después de derrotar a los filisteos (2 Samuel 6:1-23). Estos dos casos no muestran formas organizadas para el culto congregacional, sino manifestaciones puntuales de un triunfo colectivo espectacular cuyo logro se le atribuye o da honra a Dios. No es evidente en los textos bíblicos que este estilo de adoración se haya estandarizado como práctica cotidiana de los judíos, aunque sí es de valor indicar que desde los tiempos antiguos el culto congregacional y otras actividades públicas a menudo incluía música, alabanzas y danza litúrgica, donde los adoradores entrelazaban los brazos y daban pasos repetitivos al ritmo de la música.

El culto (*cultus*) organizado desde los días de Moisés en el Sinaí, estableció normas muy precisas sobre cómo la manera de ofrecer adoración formal a Dios tanto en el

Tabernáculo como después en el Templo, que incluía la participación de sacerdotes (como mediadores), sacrificios y simbolismos manifestados a través de ritos y objetos sagrados. Hay varios salmos litúrgicos y procesionales, como el 95: "Venid, aclamemos alegremente a Jehová; cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación. Lleguemos ante su presencia con alabanza; aclamémosle con cánticos", que se usaban para la apertura del servicio. Otros salmos como el 100, el 145 y 146 hacen la misma invitación de entrar gozosamente a celebrar a Dios.

Hay que tener presente, sin embargo, que en culto hebreo, un lugar central eran los sacrificios y el hecho de que el culto solamente se ofrecía en el Tabernáculo y posteriormente en el Templo. Ambas cosas, como sabemos, eran figuras, tanto del sacrificio que habría de realizar Cristo en la cruz y del templo del Dios viviente que somos los creyentes en los que habita el Espíritu Santo. De allí que las iglesias cristianas pronto realizaron sus servicios en casas, sinagogas y eventualmente en templos, donde los estilos de adoración llegaron a ser muy variados, pero intentando conservar la esencia de la adoración bíblica que es el de una vida entregada a Dios. Así, los africanos, los asiáticos, los europeos, los latinoamericanos, adoramos y alabamos a Dios en formas creativas y diversas que son por lo general expresión de lo que somos cada uno de nosotros y de nuestra relación con Dios. Las iglesias y las denominaciones han adoptado a través del tiempo tradiciones y prácticas muy distintas. Por ejemplo, el Dr. Miguel Darino dice: "Para los bautistas, adoración cristiana es encuentro con Dios. Esto es, diálogo-revelación y respuesta. Dios se revela a sí mismo al ser humano y éste responde a esa revelación. Revelación que puede darse a través de la lectura de la Biblia, la predicación, los himnos, el bautismo y la comunión y que, entre los bautistas, es fundamentada y reafirmada por el

concepto de la adoración corporativa, es decir, la adoración congregacional. En otras palabras para el bautista, el desarrollo de la vida espiritual tiene su base más fuerte en el concepto doctrinal del sacerdocio de todo creyente, que adquiere sentido y práctica dentro del marco de la congregación local”.

5. Adorando a Dios en el siglo XXI

Adorar a Dios en el siglo XXI debe ser lo mismo que para los adoradores de los días de Abel, o de Moisés, o de los tiempos de Cristo, o del siglo V, o del siglo XIII, o del siglo pasado. La esencia de la adoración es una sola: rendición, alabanza, obediencia, integridad del corazón, y eso no está condicionado a una era o a una determinada generación. Las formas y los estilos son accesorios, pero accesorios que han de cumplir siempre el requisito de conservar el enfoque absoluto en la reverencia y la exaltación de Dios, y no de los adoradores. Las formas y los estilos de adoración varían de generación en generación y de cultura en cultura. Hay que tener presente que lo que es viejo y anticuado para nosotros, fue novedoso y arriesgado hace solo una o dos generaciones atrás. Nunca los seres humanos (¡incluyendo por supuesto a los cristianos!) nos vamos a poner de acuerdo en cuanto a los gustos en música o en estilos de alabanza. Sería terrible que lo hiciéramos y todos le brindáramos a Dios un mismo tipo de música o un mismo tipo de servicio. Sería terrible porque Dios ama la diversidad, es el Autor de la diversidad: ni una sola hoja de un mismo árbol es idéntica la una a la otra, y así en todo lo demás en su creación. Lo que sí hay en la naturaleza es armonía. Todas las hojas de ese mismo árbol, tan distintas entre sí, son alimentadas por la misma savia que viene de lo profundo de la tierra y todas estas pegadas a las ramas que salen de un mismo tronco. Cuando esas hojas se desprenden del árbol, se secan y mueren. Ocurre lo mismo en nuestra adoración congregacional, que por lo demás,

no deja de ser una expresión de nuestra adoración personal y familiar. A cada uno nos gustan cosas diferentes, pero tenemos a un mismo Dios y Señor que es Jesucristo y todo lo que se haga debe ser hecho para su alabanza y gloria.

Si quisiéramos ser completamente “bíblicos” (es decir, historicistas, biblistas, apegados al texto bíblico en lo que nos dice en términos de adoración, lo cual no sería sino una forma extrema de legalismo), necesitaríamos conseguir los instrumentos que tocaban en esos tiempos (la pandereta, es uno de los que sobreviven hasta nuestros días) y hacer nuestros cultos al estilo de la cultura judía antigua. Pero nada de eso es necesario porque las culturas humanas son diferentes unas de las otras y venimos de tradiciones diferentes también. De allí que debemos preguntarnos: ¿Debemos adorar a Dios al estilo de los judíos antiguos? ¿Ese estilo de adoración es el que más agrada a Dios? Algunos pastores, predicadores e iglesias parecen haber llegado a esa conclusión, y estamos viendo un regreso a prácticas judaizantes que fueron criticadas ya por el apóstol Pablo en varias de sus cartas.

La clave de la verdadera adoración no es vestirse como los judíos antiguos (por lo demás, los judíos actuales usan ropas muy parecidas a las nuestras el día de hoy), ni danzar con panderetas y cuernos con sonidos que pensamos se parecen a los de los tiempos bíblicos. Tampoco hay nada malo en esto. Si una iglesia cree que debe hacerlo de esa manera, estupendo. El problema es cuando se cae en legalismos. Cuando queremos imponerle a los demás este estilo de prácticas, o pensamos y actuamos como si fuéramos superiores o más bíblicos porque creemos que nosotros sí estamos adorando de la manera correcta a Dios, cuando lo único que estamos haciendo es imitar una forma externa de otra cultura (Aparte del pueblo judío hay muchas otras culturas que usan la danza litúrgica en el

Medio Oriente y en África, particularmente). Danzar o no danzar delante de Dios no hace al creyente más o menos espiritual, o más bíblico o más correcto en su alabanza. Es simplemente un estilo. Un estilo que por lo demás no corresponde a nuestras tradiciones culturales, que por lo general también son honrosas delante de Dios y a través de las cuales también podemos glorificar a Dios. Por lo demás, no hay nada en el Nuevo Testamento que sugiera que la danza fuera parte de la manera como los cristianos del siglo I adoraban a Dios, ni en el entorno judío ni entre los gentiles.

El reto verdadero que tenemos los cristianos en términos de nuestra adoración y alabanza es comunicar efectivamente el evangelio. Siempre las congregaciones locales atraerán a una u otra clase de personas. Como iglesia, tenemos que definir qué clase de personas queremos alcanzar y eso estará definido por la manera como predicamos, como alabamos y como adelantamos nuestro ministerio. Rick Warren dedica todo un capítulo al tema de la importancia de la música en la iglesia (Warren, 1998: 287-300). Dice allí, entre otras cosas, que decidió usar un tipo de música en su iglesia que conectara con los jóvenes y adultos jóvenes, porque estaba interesado en alcanzar a ese grupo generacional. De manera que sin pedir disculpas decidió usar un tipo de alabanza contemporánea que conectara con ellos. Es una buena estrategia, aunque no necesariamente es la estrategia única o perfecta, porque de hecho hay jóvenes a los que les gusta la música tradicional y se sienten muy cómodos cantando himnos o coros antiguos. Nunca podremos agradar a todos, pero lo cierto es que sí debemos tener una estrategia, como creo que es lo que en el fondo Warren está tratando de decirnos.

Por otra parte, como he insistido a lo largo de esta presentación, hay que recordar que la adoración no es solo la alabanza y los cánticos. Es toda nuestra vida de fe con Dios e

incluye las 24 horas de nuestro día, a la vez que todos los componentes del culto, desde la oración de apertura hasta el último amén. La adoración debe ser creativa y los encargados del servicio recordarán que en todo hay que buscar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efesios 4:3). La invitación en 1 Corintios 14:26, Efesios 5:19, Romanos 15:9 y Colosenses 3:16 es que cuando los creyentes nos reunamos, tengamos “salmos, cánticos, e himnos espirituales”, que en su letra y música alaben el nombre de nuestro Creador y Padre de nuestro Salvador y Señor Jesucristo.

Una de las cosas que no podemos olvidar cuando hablamos de las alabanzas que ofrecemos a Dios en nuestros cultos, es la gran riqueza doctrinal, poética, teológica y artística que contienen los himnos antiguos, tanto de autores europeos como norteamericanos y latinoamericanos, para hablar de las tres tradiciones que nos son familiares. El llamado que tenemos de Dios es a cantar cántico nuevo al Señor. Me gusta esa norma bíblica y me gustan las canciones nuevas cuando realmente dicen algo para Dios, cuando muestran aspectos diferentes y poco explorados de la persona y la obra de Cristo. Pero es importante que todos los cristianos recordemos que tenemos una larguísima historia de extraordinarios compositores y músicos cristianos que nos heredaron un imponente legado de música y alabanzas para Dios. De manera que creo que el camino es el de abrirnos más a la gracia de Dios, ser creativos, y despojarnos de prejuicios que normalmente son el fruto de no estar bien informados. No debemos ser conformistas ni tampoco críticos a todo lo que no nos resulte familiar. No hay duda que debemos estar abiertos a la brisa fresca de alabanzas

nuevas que gloriquen al Señor, a la vez que seguir buscando en la fuente nunca agotable de la Palabra de Dios y de los compositores cristianos a través del tiempo.

Ya sea que miremos la historia o el presente de la alabanza y la adoración hay que recordar que su propósito es mantenernos centrados en Cristo. Don Williams dice con razón, “Adore al dinero y se volverá codicioso. Adore al sexo, y se volverá lujurioso. Adore el poder y será corrupto. Adore a Jesús y se volverá como Cristo. Nos convertimos en algo parecido al objeto de nuestra adoración” (Redman 2004: 21). ¿No es acaso parecemos a Cristo uno de los máximos llamados que tenemos? Es de ahí, de esa intimidad con Él, que nos hace cada día más parecidos a Él, de donde emerge la vida ideal que todos esperamos vivir. Y cuando se trata de adorar y alabar a Dios, el último de los salmos de la Biblia, el que actúa como la conclusión y resumen de todos los salmos, nos hace esta invitación:

Alabad a Dios en su santuario;

Alabadle en la magnificencia de su firmamento.

Alabadle por sus proezas;

Alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza.

Alabadle a son de bocina;

Alabadle con salterio y arpa.

Alabadle con pandero y danza;

Alabadle con cuerdas y flautas.

Alabadle con címbalos resonantes;

Alabadle con címbalos de júbilo.

Todo lo que respira alabe a JAH.

Aleluya.

Taller de Adoración para Pastores y Líderes de Transformation Ministries.
10 noviembre, 2012. De 10 a 12 am. Iglesia Bautista de Harbor City, CA

Bibliografía

Darino, Miguel Ángel. "La adoración y la Biblia. Algunas consideraciones teológicas".

<http://convencionbautista.com/recursos>

Redman, Matt, compilador. *Lo que todo adorador deber saber. Archivos del corazón de la adoración*. Miami: Editorial Peniel, 2004

Warren, Rick. *Una iglesia con propósito. Cómo crecer sin comprometer el mensaje y la misión*. Miami: Editorial Vida, 1998. 287-300